

nunca echaba en olvido el bien de su orden cuando no era incompatible con el servicio de Dios, determinó aprovecharse de un arrepentimiento tan grande y tan inesperado. En consecuencia, organizó aquella procesión nocturna, que debía dar tanto más lustre á su orden cuanto más llamarían la atención los penitentes. Ya hemos visto cuán concienzudamente habían desempeñado su cometido los bandoleros: así es que la santa inspiración del prior recibía ya su recompensa, pues no había quien no se encontrase inclinado, de no repetirse el terremoto, á atribuir la cesación del cataclismo á la bienaventurada intercesión de los reverendos padres capuchinos.

Tan pronto Marco Brandi hubo conocido á Paolo y éste comunicádole que toda la cuadrilla se encontraba en la iglesia, al jefe se le ocurrió también sacar provecho de aquellos hombres cuyo valor le era conocido y de quienes más de una vez había recibido pruebas de fidelidad. Dirigióles pues la palabra, como valiente que sabe la dirige á valientes, alabó lo que éstos acababan de hacer, y añadió que estaba firmemente convencido de que su arrepentimiento sería aún más grato á Dios si después de haber empleado los medios espirituales para desviar el curso de los cataclismos futuros, querían descender de nuevo á los medios temporales para reparar, en lo que estuviese en sus fuerzas, las desventuras pasadas. Allí estaban quince hombres robustos, valientes y diestros, los necesarios para llevar socorro á los distintos sitios donde era de suponer que todavía serían útiles los auxilios, y tres ó cuatro infelices arrancados á la muerte, y cuyas voces intercederían por ellos, no eran un refuerzo en las oraciones para despreciado por individuos á quienes el cielo podía tal vez reprochar haber pensado algo tarde en ponerse en estado de gracia. Semejante proposición no podía menos de ser aceptada, y lo fué con entusiasmo.

Bajo la guía de su jefe, pues, los bandidos se despa-

ramaron al punto por la ciudad, exponiendo la vida con maravillosa audacia y devolviendo con su ejemplo un poco de valor á los más desesperados. Los esfuerzos de la gavilla se vieron recompensados con creces, y ya habían sacado cinco ó seis personas de entre los escombros, cuando oyeron grandes voces del lado del Busento, á donde se encaminaron apresuradamente; pero por muy rápidos que hubiesen acudido, llegaron demasiado tarde. Dios, que por la noche secara el río, acababa de ordenarle que tomara de nuevo su curso; de modo que las ondas se precipitaron otra vez y de improviso, saltando como caballos de carrera y arrastrando hacia el mar á los respetables sabios que, en su entusiasmo arqueológico, no habían querido abandonar el sitio en que esperaban hallar la tumba de Alarico.

Este incidente fué el último que por aquella vez tuvieron que deplorar los vecinos de la capital de la Calabria. Las sacudidas fueron perdiendo poco á poco su intensidad, y por la mañana, cuando la luz del día vino á iluminar el lugar del siniestro, los desventurados habitantes se sintieron con suficiente ánimo para soportar su desgracia, si bien debían ignorar siempre á quiénes debían mostrarse agradecidos por los socorros que recibieran de un modo tan inesperado y miraculoso, ya que los bandidos, á la aurora se habían retirado prudentemente al convento de capuchinos y Marco Brandi encerrádose, con su padre, para recibir la bendición de éste y arreglar los asuntos monetarios relativos á su matrimonio.

XI

ABNEGACIÓN

Ya hemos dicho que el padre de Marco Brandi era hombre metódico; dicho se está, pues, que todos sus asuntos los tenía ordenados y que su hijo no tuvo sino darse la enhorabuena por el modo honroso al par que lucrativo con que aquél había hecho prosperar los caudales que le confiara. Pero como en las circunstancias presentes el novio necesitaba dinero contante y sonante, tomó éste un millar de escudos en oro y unas quince ó diez y seis mil pesetas en bonos al portador, sobre las casas Mariekof de Nápoles y Tortonia de Roma, y dejó el resto, que podía equivaler á otro tanto, entre las inteligentes manos que habían casi doblado su modesta fortuna.

Á Marco Brandi le asistían razones para no pasar dos veces por el mismo camino. En medio de la consternación que reinaba en Cosenza, pasó inadvertido, lo que se explica fácilmente, pues demasiado tenía que velar cada uno para sí y no pensar sino en el cataclismo que derribara la mitad de la población y amenazaba dar en tierra con la otra mitad. Marco se dirigió pues hacia San Lúcido, y después de estipular el precio del pasaje con unos pescadores, se hizo conducir, costeando, á Tropea; al llegar á cuya ciudad supo á la vez dos noticias para él del todo inesperadas: la primera, que Adán acababa de morir, y la segunda, que Gelsomina hacía algunos días que estaba instalada en casa de su tía. Brandi se informó inme-

diatamente del domicilio de la buena mujer, y una vez en él encontró á su pobre prometida en medio de gran número de doncellas de su edad, las cuales habían acudido para prodigarle los consuelos de rúbrica en tales casos y que en lugar de calmar la pesadumbre sólo contribuyen á aumentarla; y la pesadumbre de Gelsomina era grande, pues á pesar de su carácter caprichoso y su condición impaciente, sustentaba un corazón bondadoso y con toda la fuerza de él idolatraba á su desgraciado padre. Así pues, apenas vió que se abría la puerta y que en el umbral de la misma aparecía su amado, cuando, sintiendo que Dios le enviaba un alma en que verter la suya, se arrojó en brazos del joven y rompió á llorar amargamente. Los circunstantes, que en Marco adivinaron al amigo de Bombarda que la fama asignaba como novio de la joven, cedieron á un impulso instintivo de discreción y se retiraron.

Marco Brandi no hizo esfuerzo alguno para consolar á Gelsomina; al contrario, le habló de las excelentes cualidades que adornaron en vida al pintor, del amor de éste por ella, en una palabra de cuanto podía mover el corazón de la doncella; la cual experimentó en las lágrimas que su prometido le hiciera verter el único y verdadero consuelo que podía recibir su dolor. Luego y en medio del llanto fueron deslizándose, ora una, ora otra, algunas palabras amorosas, cual rayo de sol al través de tempestuosas nubes. Marco cesó de quejarse de lo presente para esperar en lo venidero; habló de los proyectos de bienandanza que con ellos elaborara el maestro Adán y que ahora se verían obligados á realizar sin él, y concluyó por levantar, con una delicadeza de instinto extraordinaria en un montañés semi salvaje, el crespón que se extendiera por el horizonte de la pobre Gelsomina. Esta, que había empezado por escuchar, concluyó por responder, dando con ello, conducida por la resignación, el primer paso hacia la esperanza.

Á la caída de la tarde empezó á cundir por Cosenza un rumor extraño. De público se decía que fra Bracalone, al pasar con Balaam por las aldeas vecinas para llevar á cabo su cuestación, había soltado algunas palabras misteriosas respecto de cierta resurrección que podría ser más dolorosa á la familia que la muerte misma. Á las preguntas que se dirigieran al lego respecto de los últimos momentos de Adán, había respondido moviendo la cabeza como hombre que no quiere decir nada positivo, pero que no quita que cada hijo de madre haga las conjeturas que más le plazcan. Estas semi confidencias habían llegado á oídos de la tía de Gelsomina; la cual tía, no comprendiendo que existiese algo peor que la muerte, acudió á participar á su sobrina los rumores cuya explicación sólo el sacristán podía darla. La esperanza es lo último que se extingue en el corazón humano: Gelsomina, pues, abrió su corazón á ella, aunque sin darse cuenta cabal de lo que esperaba. En aquel instante fra Bracalone apareció al revolver de una esquina junto con su rucio, y la doncella, al verlo, quiso correr á su encuentro; pero su tía la detuvo. Sin embargo, al punto mismo en que el lego pasaba por delante de la puerta, Marco Brandi le cerró el paso y le invitó á entrar. El sacristán se acordó de su antiguo conocido, á quien, como todos, creía amigo del cabo Bombarda, y pensando que tarde ó temprano era menester que Gelsomina supiese la verdad, prefirió comunicársela él mismo, ya que de esta suerte la sabría con todos los miramientos que podían suavizarla.

Fra Bracalone había dicho la verdad: la nueva de que era portador era peor que la que hasta entonces circulara; cuantos fueron sabedores de ella y conocían la dilatada y laboriosa lucha que el pintor sostuviera contra la miseria, quedaron estupefactos. ¡Cómo! ¡Adán afiliado á una gavilla de bandoleros! ¡Adán fingiéndose muerto para entrar á la parte en el dinero

robado al gobierno en la iglesia misma en que iba á ser enterrado!

Al concluir fra Bracalone su relato, Gelsomina, no pudiendo soportar la violencia de las encontradas emociones que en ella se sucedían, cayó desmayada entre los brazos de Marco Brandi.

El bandolero, que era hombre ducho en la materia y sabía por experiencia que los désmayos de las mujeres, si largos en ocasiones, rara vez son peligrosos, entregó á Gelsomina al cuidado de su tía y condujo á fra Bracalone á un aposento contiguo, donde hizo que éste le explicara con todos sus pormenores cuanto había ocurrido.

Dichos pormenores, nuevos para Marco Brandi, los conoce casi todos el lector; lo único que falta decir es que el sacristán, como hemos visto, se había separado de Adán en el instante en que advirtiera haberse olvidado de la parte más esencial de la promesa que le había hecho. Después de diez minutos de ausencia, poco más ó menos, regresaba pues fra Bracalone con el hábito, cuando oyó gran ruido en la iglesia, que algunos instantes hacía dejara silenciosa como una tumba. Acercóse de puntillas el sacristán, entreabrió suavemente la puerta, y vió el coró invadido por una docena de bandoleros que se estaban repartiendo un montón de dinero. Fra Bracalone, que nunca se las echara de valiente, ni por un segundo acarició la idea de atacar solo tan formidable tropá. De consiguiente volviése tan silenciosamente como había venido, y se salió del convento para ir á avisar al juez. A la puerta de dicho honorable magistrado, que tan distinguida posición ocupa en las poblaciones de la Calabria y de Sicilia, encontró el sacristán la escolta que acompañaba el correo, la cual, rehecha, acudía con idéntico fin á la casa del mismo personaje. El bochorno de haber sido puestos en fuga casi sin lucha, el temor á la destitución que el robo del dinero que se les confiara debía acarrearles, el deseo de un ascenso

si conseguían desquitarse y recobrar la cantidad que se habían dejado arrebatar, la facilidad de sorprender indefensos á los bandidos en el momento en que menos lo esperaban, devolvió á los esbirros el valor que por un instante perdieran, y, conducidos por fra Bracalone, penetraron en el convento en la ocasión precisa en que Adán ponía en precipitada fuga á la pandilla irguiéndose en pie en su féretro y fulminándola con las terribles palabras: *¡Alma del purgatorio!*

Nuestros lectores adivinan el resto; el sargento y sus subordinados, en lugar de habérselas con Paolo y su gavilla, no habían hallado en la iglesia sino al compadre Mateo y al pintor Adán; pero como el dinero robado estaba allí y los dos venerables personajes estaban rodeados de armas cargadas, no quedaba duda de que eran los cómplices, si no los jefes de la terrible cuadrilla de forajidos que desolaba aquellas tierras. Y aun entre los gendarmes hubo algunos que llegaron á suponer que el nombre de Marco Brandi no era sino un nombre de guerra adoptado por Adán, y que en el mundo no existía otro Marco Brandi que el respetable pintor.

Adán y Mateo habían pues sido conducidos á la cárcel de la aldea, y á casa del juez el cuerpo del delito.

A medida que fra Bracalone iba avanzando en su relato, á los ojos de su oyente iba levantándose el velo que hasta entonces cubría la súbita é inesperada conversión de Paolo y de sus compañeros. No le faltaba á Marco sino comprender una cosa, y era la causa real de la fingida muerte de Adán, que tan terribles consecuencias acarrearía á éste; pero como respecto del particular el sacristán no podía proporcionarle otras noticias que las muy vagas que él ya sabía, despidió á fra Bracalone, que tomó de nuevo, en compañía de su rucio, el camino de Nicotera, y se volvió al lado de Gelsomina: la cual había vuelto de

su desmayo, pero en cambio contraído una abrasadora fiebre; la infeliz hablaba á sacudidas, respiraba fatigosamente y tenía encendidos los ojos.

Marco Brandi se acercó con zozobra al lecho de la doncella, quien á pesar de su estado conoció á su prometido, si bien le recibió con una especie de terror; y es que la infeliz comprendía que de la última desgracia que se desplomara sobre su familia, al igual que de todas las demás, él era el causante; que de él emanaba una fatalidad que empezaba á despavorirla. La primera vez que Marco apareciera en la aldea, fué para echar por tierra el crédito del pintor; la vez segunda, para quebrantar el corazón del padre, y la tercera para manchar la reputación del hombre.

Por lo demás, tales ideas habían ya germinado en el espíritu del joven, de modo que no hubo de menester grande esmero para adivinar las verdaderas causas del entibamiento de su prometida.

La fiebre que se apoderara de Gelsomina iba por momentos aumentando en intensidad, y algunas incoherentes palabras escapadas de los secos labios de la joven indicaban el comienzo del delirio. Marco Brandi quiso entonces asir la mano á la doncella; pero habiendo ésta retirado la suya, fué á sentarse detrás de la cabecera del lecho, de modo que no le viese la enferma, que en su creciente delirio llamaba á su padre con toda la amargura del dolor filial. Cuanto á Marco, Gelsomina parecía haberle olvidado, ó si por casualidad pronunciaba su nombre, era con acento de reproche que le partía el corazón. El joven comprendió que Gelsomina no podía pasar mucho tiempo en semejante estado, pues endeble y nerviosa como ésta se encontraba, de pasar tres días en tal delirio su muerte era cierta; para ella no existía otro remedio que restituirle su padre.

Marco Brandi no vaciló.

La fiebre fué calmándose, la joven dejó de hablar, la endeblez y el abatimiento sucedieron á la exaltación

y al delirio, y de ella apoderóse un sueño acompañado de estremecimientos. El bandido se aprovechó de este instante; acercó una mesa al lecho de Gelsomina, trazó algunas líneas en un pedazo de papel, metió en una arquilla el dinero y las letras que recibiera de su padre, y colocó el papel sobre la arquilla. Luego se acercó suavemente al lecho de su prometida, le dió un beso en la boca, murmuró un adiós que debía ser eterno, y se salió de la casa sin participar á nadie su proyecto.

Al día siguiente, cuando Gelsomina abrió de nuevo los ojos, la primera persona á quien vió á la cabecera de su lecho fué su padre, cuya presencia arrancó un agudo grito á la joven, que se creyó todavía víctima de las visiones de su fiebre; pero el anciano la tomó en brazos y la llenó de lágrimas y besos que no tardaron en convencerla de que estaba en presencia de la realidad. Entonces Gelsomina preguntó á su padre cómo era que se encontraba allí, juzgándole, como le juzgaba, encarcelado y bajo el peso de una acusación tremenda; pero Adán mismo no sabía qué le estaba pasando. A las dos de la madrugada el juez había entrado en su calabozo y notificándole que estaba libre; al oír lo cual y sin aguardar á que le repitieran tan fausta noticia, se había salido volando para ir á comunicarla á Babilana; pero pensando luego en la inquietud que debía experimentar su hija, ya porque ésta le creyese muerto, ya porque supiese que gemía en la cárcel, había partido al punto para Tropea, á donde acababa de llegar poco antes de que Gelsomina abriese los ojos.

Lo que estaba pasando asumía un no sé qué incomprendible que obligó á la doncella á reunir los confusos recuerdos que de la víspera conservara. Entonces se acordó vagamente de haber visto á Marco Brandi, y, despejado que se hubo su memoria, se echó en cara la tibieza con que le recibiera; pero desde este momento no se acordaba sino de la impresión

ardiente de un beso que se había abierto paso al través de su sueño y permaneciera en sus labios.

Gelsomina tendió una mirada despavorida á su alrededor, y notó la ausencia de Marco Brandi; y es que de regreso su padre y libre de todo peligro, todas las facultades afectuosas de su corazón habían convergido de nuevo hacia su amante.

La doncella llamó á Marco; pero en lugar de comparecer éste á sus voces, quien acudió fué la anciana en cuya casa se encontraba, su tía; la cual, á lo menos, pudo dar á aquélla algunas noticias.

Marco Brandi había partido á las diez de la noche anterior, sin comunicar á la buena mujer adónde iba, pero previniéndola que dejaba una carta para Gelsomina. En efecto, Adán no tuvo sino volver la cabeza para divisar la expresada carta sobre la arquilla.

La joven se apoderó del papel y leyó lo siguiente:

«Tienes razón, Gelsomina mía, yo soy el causante de las desgracias de tu familia, y por lo tanto debo repararlas. Para salvar al inocente no existe sino un medio: entregar el culpado. Mañana tu padre estará libre. A éste pertenece lo que dejo en la arquilla; me quina indemnización de las pérdidas que le he ocasionado y de los sinsabores que le he hecho pasar.

¡Adiós! no solicito ya de ti tu amor, sino tu perdón.

MARCO BRANDI.»

Adán abrió la arquilla, esperando que ésta encerrara otros datos; pero sólo halló los cuatro mil duros que Marco había recibido de su padre.

—Partamos para Nicotera, exclamó Gelsomina incorporándose en su lecho; es menester que yo vuelva á verle antes que muera.

XII

EL TRAJE DE BODA

Por justo que fuese su deseo, Gelsomina no pudo verle cumplido; cuando llegaron á Nicotera, Adán y su hija, el preso estaba incomunicado. La captura de Marco Brandi era de importancia suma, y el gobierno tomaba en ella un interés tanto más grande cuanto este audaz bandolero más de una vez compartiera con él los impuestos de Sicilia. Ahora bien, el gobierno napolitano, como todos los gobiernos y aun más que los otros, tiene empeño en que no se desvíe de su destino el dinero de sus contribuyentes; de lo que resultó que Marco no sólo no debía esperar gracia alguna, sino que durante el proceso fué tratado con más rigor que no lo hubiera sido otro bandido que hubiese respetado los fondos del Estado y concretádose á desbalijar á los viajeros.

El proceso fué corto; si bien hay que confesar que Marco Brandi, infiel á las tradiciones paternas, no hizo lo que debiera para dilatarlo, sino que deb uenas á primeras y sin tapujos confesó todas sus fechorías. El fallo pues no se hizo esperar, y por él se condenó á muerte al reo.

Gelsomina, que aun no se había repuesto de su primera enfermedad, al saber esta noticia recayó en un estado todavía más deplorable. La vez primera, acusaba á su amante de haber ocasionado la perdición de su padre, y ahora acusaba á su padre de haber matado á su amante; no parecía sino que de algún

tiempo á aquella parte pesase una maldición sobre la infeliz doncella.

Por lo que respecta al anciano pintor, ordinariamente tan fecundo en recursos, esta vez estaba como atontado y ni lágrimas hallaba para llorar con su hija; había pensado, sí, en ir á arrojarse á los pies del rey y recordarle que él, Adán, era quien pintara la imagen de Nuestra Señora del Monte Carmelo en las banderas del cardenal Ruffo; pero sobre haber transcurrido desde entonces más de veinte años, lo que podía muy bien hacer que Fernando lo hubiese olvidado, máxime por poco que le asistiese alguna de las mil razones que con frecuencia tienen los reyes para no acordarse de nada, á lo menos se necesitaban doce ó quince días para efectuar semejante viaje, y la ejecución estaba fijada para el día subsiguiente; era menester pues aguardar los acontecimientos y poner toda la confianza en Dios.

Marco Brandi había escuchado su sentencia con rostro tranquilo y sin altivez ni jactancia; y es que tan buen punto tomara la determinación de sacrificarse para salvar á la familia Adán, había considerado en toda su magnitud las consecuencias de su sacrificio y familiarizádose poco á poco con la idea de la muerte. Esta resignación, para la cual le hubiéra bastado su valor, facilitósele todavía más el cruel pensamiento que se le acudiera la noche aquella en que Gelsomina le pedía su padre, esto es que su prometida había dejado de amarle; y ¿qué significaba para él la existencia sin el amor de Gelsomina?

Como se ve, el mancebo estaba lejos de sospechar que en el momento en que iba á morir por Adán, su prometida sucumbía por él.

La doncella había hecho lo humanamente posible para ver á Marco; pero no logró vencer las resistencias que se opusieron á sus deseos: los jueces temían que dé permitir visitar al reo, no le proporcionasen un arma por medio de la cual escapase de la acción de

la justicia; querían un ejemplo, y á Marco Brandi le cabía la honra de que le reservasen para moralizar con su suplicio á la Calabria citerior, á la que había escandalizado con sus fechorías.

El anciano Adán no se apartaba para nada de la cabecera del lecho de su hija; el desventurado padre, que nunca viviera sino por Gelsomina, con Gelsomina parecía deber extinguirse. Fijo en el mismo sitio y con la mirada alelada, lloraba cuando la joven se entregaba al sueño y se sonreía al despertar de ésta. Día por otro fra Bracalone, que se había convertido en amigo de la casa, llevaba á aquella desconsolada familia lo más escogido de su cuestación; pero por más que la buena Babilana agotase todos los recursos de su ciencia culinaria para condimentar las provisiones del lego, sólo ella las gustaba y aun como si le sacaran los dientes. Tocante al pintor, sólo de vez en cuando se bebía el resto de una taza de caldo en la que Gelsomina humedeciera los labios. Milagro parecía que pudiese vivir sin otro alimento que el dolor paternal.

Gelsomina había cambiado por completo: no era ya la doncella caprichosa y obstinada, sino que por lo suave y doliente parecía una gacela herida; resignación que inspiraba más recelos á Adán que no le inspirara inquietudes su desesperación. De tiempo en tiempo, fra Bracalone, que hacia gala de conocimientos médicos, tomaba el pulso á la joven; luego, volviéndose, hacía chasquear la lengua y movía dolorosamente la cabeza. El sacristán no pensaba en sus santas imágenes ni en sus pasteles bendecidos, ni en su rapé milagroso; todos estos recursos los guardaba para prevenir las enfermedades de los que gozaban de buena salud; pero no se atrevía á ensayar la influencia de ellos en los enfermos. Demás, con sus amigos íntimos, tenía el buen tino de no fingir una fe arraigada en aquellas reliquias tan solicitadas por los otros y que él les distribuía con prodigalidad que

debiera haber abierto los ojos á aquellas almas crédulas respecto del poco caso que el mismo sacristán hacía de ellas.

A Gelsomina no quisieron decirle nada de la condena fatal; pero publicada ésta á tambor batiente por todos los ámbitos de la aldea, la joven, al oír el son de este instrumento, que no resonaba sino en las grandes solemnidades, escuchó con tanta más atención cuanto había notado que su padre procuraba distraerla. La doncella llevó la mano á la boca de su padre, y, semi incorporada en el lecho, oyó una á una todas las palabras del pregonero, quien anunció la ejecución para el día siguiente. Luego Gelsomina se desplomó otra vez sobre el lecho, con los ojos cerrados, y permaneció inmóvil; sólo el movimiento de sus labios indicaba que aun vivía. Veinticuatro horas hacía que se encontraba en semejante estado la infeliz, cuando oyó los pasos de fra Bracalone, el cual, según su costumbre, acudía á visitar á su enferma; entonces se volvió hacia su padre y le rogó que la dejase á solas con el sacristán.

Adán, que no era sino un autómatas sin voluntad, se levantó de la silla y se salió del aposento con andar lento y mecánico, y una vez estuvo fuera, Gelsomina abrió de nuevo los ojos, encendidos por la fiebre, y con la cabeza indicó á fra Bracalone que se sentase á la cabecera del lecho.

—Padre mío, dijo la doncella al sacristán una vez este se hubo sentado, es menester que yo le vea.

—Pero, hija mía, respondió fra Bracalone, ya sabe usted que esto es imposible, pues está incomunicado.

—Padre mío, repuso Gelsomina, siempre he oído decir que los condenados pasan su última noche en una capelardente.

—Es cierto, murmuró el sacristán.

—Pues bien, esta noche empieza la última de su vida; ¿dónde la pasa Marco?

—En la iglesia del convento.

—Padre mío, dijo Gelsomina asiendo las manos al sacristán, con fuerza de que éste la consideraba incapaz, esta es la iglesia de usted, y de consiguiente puede introducirme en ella por alguna puerta que no estará cerrada. No le quitarán los grilletes, ni sus guardias se moverán; y para que no le asalte usted temor alguno, permanecerá en la puerta por la cual penetremos.

—Pero ¿qué intenta usted, hija mía? No conoce usted que semejante entrevista no hará sino amargar más esta separación?

—Pues es menester que Marco muera, padre mío, á lo menos quiero que exhale el último suspiro siendo esposo mío. Ya que yo soy quien le mato, quiero tener el derecho de llevar luto por él durante el resto de mi vida; todas las formalidades están llenadas; no faltaba sino fijar el día de nuestras bodas, día que Dios ha fijado y yo acepto.

—Pero ¿y sus padres de usted?

—Me acompañarán al altar.

—Es imposible.

—Usted prometió recabar del prior el rezo de la misa de novios; pero advierta que no la solicito gratis: abra usted ese cofre que está ahí y tome de él lo que quiera.

—No tendrá usted fuerza bastante para ello, Gelsomina, repuso fra Bracalone sin volver la cabeza hacia el sitio que le indicara la joven.

—Nada tema, padre mío.

—Ea, dijo el bueno del sacristán, es preciso hacer lo que usted quiere.

Gelsomina asió la mano á fra Bracalone, se la besó, y dijo:

—Vaya usted á prevenir al padre Gaetano; entretanto yo haré mis preparativos de boda.

Fra Bracalone se salió, y Gelsomina llamó á sus padres.

—Esta noche me caso con Marco Brandi, les dijo, y ustedes van á acompañarme al altar, ¿no es así?

Los dos ancianos, creyendo que su hija se volvía loca, se echaron á llorar.

—No hay tiempo que perder, continuó Gelsomina con los ojos encendidos por la fiebre, no necesito sino un vestido blanco que me sirva para la boda y de mortaja; avisen ustedes á mis amigas Gidsa y Laura para que vengan á ayudarme.

Adán y Babilana se salieron, el uno en busca de las dos jóvenes, la otra para comprar la tela que pidiera Gelsomina, ambos creyendo obedecer á un delirio producido por la fiebre, pero sintiendo un amor demasiado grande hacia su hija para negarle cosa alguna.

A poco el anciano Adán regresó en compañía de Gidsa y de Laura, y cinco minutos después lo hizo Babilana con la tela.

—Amigas mías, dijo Gelsomina incorporándose en su lecho, necesito un traje para esta noche y van ustedes á ayudarme.

Gidsa y Laura se miraron con asombro; sin embargo hicieron una señal con la cabeza, indicando que se ponían á las órdenes de su amiga.

Gelsomina tomó entonces unas tijeras, cortó la tela, distribuyó la tarea á sus dos compañeras, sentadas una á cada lado del lecho, se reservó la suya, y las tres pusieron manos á la obra.

Mientras las tres doncellas estaban trabajando, Adán rezaba las preces para los difuntos.

Por la noche estuvo concluido el traje.

XIII

EL VIÁTICO

Entretanto, Marco Brandi había sido conducido á la iglesia, donde debía pasar la noche. En medio de la nave, rodeado de cirios encendidos, estaba ya el ataúd destinado á encerrar el cuerpo del reo después de la ejecución, y en una de las columnas del coro habían empotrado una argolla, de la que pendía una cadena suficientemente larga para que aquél pudiese arrodillarse en las gradas del altar. Marco Brandi fijó una mirada tranquila en los enumerados preparativos, y sólo pidió que le desatasen las manos para que al orar pudiese juntarlas; y como iba encadenado por la cintura y un pelotón de esbirros armados de sendas y cargadas carabinas debía no perderle de vista, accedieron á su ruego.

A Marco Brandi le acompañaba un fraile que había ido á encontrarle en la cárcel para exhortarle á la muerte, y al cual el bandido recibiera con la veneración que durante toda su vida profesara á los ministros del altar. Conforme hemos dicho más arriba, no eran la desesperación ni la impiedad, sino el haber nacido con un puñal al cinto y una carabina en la mano, las causas por las cuales el joven había abrazado el oficio que ejercía; así es que en el instanté en que iba á morir no quiso hacer vanas ostentaciones, sino que acogió con gratitud los consuelos que el religioso le traía. Con todo, sea que no quisiese abusar de la abnegación de su consolador, ó bien que de-

seara aprovecharse, por medio del recogimiento, de las santas exhortaciones que recibiera, el joven insistió para que el buen padre se fuese á tomar algún descanso. Efectivamente, el fraile, juzgando que dejaba al paciente en lugar santo, y que la vista de los objetos que le rodeaban debían conservarle sus piadosos designios, no opuso dificultad alguna en dejarle solo y se retiró prometiendo venir por él á las cinco de la mañana.

Marco Brandi rezó sus oraciones, y luego fué á sentarse al pie de una columna donde, á no tardar, sumérgido como estaba en sus recuerdos, se quedó inmóvil como las estatuas de los santos que le rodeaban. Una hora poco más ó menos hacía que guardaba la misma posición y la misma impassibilidad, de tal suerte se concentrara la vida en su pensamiento, cuando le arrancó de su letargo el ruido que produjo una puerta al abrirse.

El joven volvió maquinalmente la cabeza hacia el lado de donde partiera el ruido, y vió un espectáculo que le pareció hijo de un sueño.

Gelsomina, pálida y grave, vestida de blanco como una desposada ó como una muerta, se acercaba con las sienas ceñidas de azahar, seguida de sus padres, quienes se detuvieron á la distancia de algunos pasos. Sólo Gelsomina continuó avanzando hacia Marco Brandi, el cual, á medida que la joven se le iba acercando, se erguía lentamente, no sabiendo si dar crédito á sus ojos.

—Soy yo, dijo por fin la doncella deteniéndose delante de su prometido; soy yo, amada mía; Dios no ha querido que nos reuniésemos en la tierra, pero nos está aguardando en el cielo.

—¡Ah! ¿conque no has dejado de amarme? exclamó Marco Brandi.

—Mírame y ve si puedes dudarlo. ¿No estoy bastante pálida todavía ni suficientemente desfallecida? No nos separaremos sino por muy poco tiempo.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! exclamó el joven; y volviéndose á Gelsomina, continuó: seguro de tu amor, moriré dichoso; pero ¡cuán contados momentos nos quedan! Es mañana, ¿no lo sabes?

—Escucha, dijo la doncella, prestando oído atento al toque de las primeras campanadas; fra Bracalone toca nuestra misa de bodas, y ahí el prior Gaetano que viene para rezarla.

En efecto, en aquel preciso instante se abrió la puerta del coro, y el anciano sacerdote subió lenta y solemnemente las gradas del altar, con la cabeza inclinada y llevando en las manos el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces el joven lo comprendió todo, y su amor se acrecentó, si era posible que se acrecentara, movido de admiración hacia aquella mujer que venía unirse, en presencia de la muerte, á aquel á quien la sociedad expulsaba de su seno. Todo cuanto de terrestre quedaba en él desapareció, y los dos prometidos avanzaron sencilla y gravemente hacia el tabernáculo.

Ya hemos dicho que la cadena dejaba al reo libertad bastante para que éste pudiese arrodillarse en las gradas del altar.

En aquel momento se abrieron las puertas del templo, y los habitantes de Nicotera, convocados por el llamamiento de la campana y reunidos por la curiosidad, entraron en tropel, ignorando aún qué iban á presenciar y estupefactos de lo que estaban viendo.

Allá, en un rincón de la tierra, en la mísera iglesia de una todavía más mísera aldea, se desenvolvió una de esas solemnes escenas tan raras en la historia de los individuos como en la de los pueblos. Se celebró un matrimonio entre dos almas; porque cuanto al cuerpo, estaban ya prometidos, el uno á la justicia humana, el otro á la misericordia divina, y allí estaba el ataúd que debía separarlos.

Acababa de decir la misa el padre Gaetano, y Marco colocaba el anillo en el dedo de su esposa, cuando

penetró en el templo el único espectador que faltaba á la escena que dejamos descrita: el verdugo.

Gelsomina, al ver al fúnebre personaje pareció perder de improviso el resto de energía que la sostuviera durante la ceremonia. Marco Brandi sintió helarse entre las suyas la mano de su compañera, que hubiera dado con su cuerpo sobre las baldosas de la iglesia si Babilana y el compadre Mateo no la hubiesen sostenido. Por lo que hace á Adán, herido por la atonía de la desesperación, permanecía inmóvil, mudo y con los dedos crispados sobre las molduras de una columna.

Al encadenado marido y á la desmayada esposa se los llevaron; los habitantes de Nicotera se salieron de la iglesia en pos de ellos; los penitentes tomaron el féretro y siguieron el cortejo, y no obstante, Adán no hizo movimiento alguno indicativo de que comprendiese la escena que se estaba desenvolviendo á sus ojos. Al cabo de un instante, empero, y cual si la soledad y el silencio le hubiesen restituído á la realidad, tendió una mirada á su alrededor, y al ver desierta la iglesia, empezó á sollozar amargamente, se dejó caer de rodillas, y pegando la frente á las losas, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Sólo Vos podéis salvarles.

—Los salvará, dijo una voz á espaldas del anciano Adán.

El cual se volvió rápidamente y vió á fra Bracalone, á quien preguntó:

—¿Cómo?

—Poniendo en ejecución un plan que él ha inspirado á su humilde servidor, respondió el sacristán.

—¿Qué plan es ese? murmuró el desventurado padre.

—¿A qué hora deben ejecutar al reo?

—A las cinco de la mañana.

—Pues á las cuatro y media mande usted á buscar el Viático para Gelsomina.

—¿Qué más? ¿qué más? preguntó el anciano, que empezaba á comprender adónde tiraba fra Bracalone.

—Lo demás corre de mi cuenta, respondió éste.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Adán precipitándose fuera de la iglesia, ¡con tal que Gelsomina no se muera antes!

Marco Brandi había sido conducido de nuevo á la cárcel entre el confesor y el verdugo, pues, conforme á las reglas establecidas, las dos últimas horas que de vida le quedaban debían ser consagradas á los consuelos de la religión y á los preparativos del suplicio. Por lo demás, tanto para el ejecutor de las venganzas humanas como para el ministro de la misericordia divina, la tarea era fácil de cumplir. Marco Brandi estaba ya desprendido de la tierra en espíritu; para él la ejecución no era sino una dolorosa formalidad. Así es que cuando sonó la hora, el joven salió con paso seguro y se presentó á los vecinos de Nicotera, reunidos delante de la puerta de la cárcel, no sólo con el semblante tranquilo, sino con la sonrisa en los labios. El reo se detuvo en el umbral, y aprovechando la circunstancia de encontrarse en lo alto de las gradas y por consiguiente de dominar con la mirada á la multitud apiñada á sus pies, dió á ésta las gracias por el favor que le otorgara asistiendo á su casamiento y por el que ahora iba á hacerle acudiendo á presenciar su muerte; luego besó al confesor y al verdugo, y se subió sobre el asno, con las manos atadas y de cara á la cola, á fin de no perder de vista el ataúd que en pos de él llevaban los penitentes, los cuales iban cantando en coro el *De profundis*. La comitiva atravesó de esta suerte toda la población, pues la sentencia debía ejecutarse en el sitio mismo del camino donde se cometiera el último robo de que Adán había sido acusado y del que Marco Brandi se declarara fautor. De ahí resultó que el condenado tuviese que pasar por delante de la casa de Gelsomina,

la cual casa estaba situada precisamente entre la aldea y la pequeña iglesia del convento.

Era la última prueba reservada á Marco Brandi, quien, como única gracia, imploró que le condujesen al cadalso por otro camino; pero el juez, que habría creído faltar á sus deberes cediendo á un sentimiento humano, ni siquiera se dignó contestar á semejante petición. El reo siguió pues el camino trazado de antemano y empezó á avanzar hacia la morada de Adán.

Afortunadamente para el joven, vuelto de espaldas como iba, no podía verla.

Sin duda por instintiva previsión de humanidad, la justicia italiana, como hemos dicho, quiere que el reo marche hacia atrás, con objeto de que en vez del cadalso en el que va á padecer la muerte, vea ante sí el féretro en el que habrán acabado sus sufrimientos.

Sin embargo, el reo, por los objetos que le rodeaban, podía adivinar que se encontraba á corta distancia de la puerta aquella que él franqueara en circunstancias tan distintas y ante la cual iba á pasar por última vez. A no tardar, y como si todos y cada uno hubiesen sentido compasión profunda hacia la infeliz doncella que iba á encontrarse viuda antes de ser esposa, cesaron los cánticos y las conversaciones, y se extendió el más solemne silencio sobre la multitud, que continuó su camino muda y con la cabeza inclinada. Marco Brandi lanzó de paso una mirada, y vió que todas las aberturas de la hospitalaria casa estaban cerradas, excepto la puerta, en cuyo umbral permanecían arrodillados y orando Adán y Babilana. La comitiva continuó su fúnebre camino, y había ya dejado un centenar de pasos atrás la morada del anciano pintor, cuando en medio de aquel silencio de muerte que la envolvía, oyóse resonar el timbre argentino y cadencioso de una campanilla, y al mismo instante todos vieron salir, por detrás de la tapia que rodea la iglesia, primeramente á un monaguillo que llevaba una cruz alta de plata, luego á fra Bracalone

sacudiendo con la regularidad de la costumbre la campanilla de la que se oyera el son, y por último al buen prior Gaetano, quien, en cumplimiento de los deseos de Adán, llevaba el santo Viático á Gelsomina. La muchedumbre, que adivinaba lo que iba á pasar, prorrumpió entonces en gritos de alegría.

La comitiva se detuvo sin tardanza; hicieron bajar á Marco Brandi de su asno, y juez, reo, verdugo, penitentes, pueblo y corchetes se arrodillaron para dejar paso libre al santo Viático. El prior, empero, en lugar de proseguir su camino, se detuvo ante el juez, y levantado el cáliz en que estaba encerrada la hostia destinada á la moribunda, dijo con acento solemne:

—Juez, en nombre del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo aquí presente, te conjuro que desates las manos al condenado, pues todo reo de muerte que encuentra en su camino al santo Viático escapa de la justicia de la tierra, perdonado como está por el Rey del cielo.

El juez inclinó la cabeza en señal de obediencia y fué á desatar con las suyas propias las manos de Marco Brandi.

Entonces el prior, precedido del monaguillo y de fra Bracalone, anudó su camino, seguido del juez, del reo, del verdugo, de los penitentes, del pueblo y de los corchetes; que es costumbre en Italia acompañar, todos los que le encuentran, el Viático hasta la puerta del moribundo.

Por muchas que fuesen las precauciones que tomara el fúnebre cortejo, Gelsomina le había oído pasar y hecho un esfuerzo para levantarse y ver por última vez acá en la tierra á aquel con quien debía encontrarse en el cielo; pero sus fuerzas, exhaustas por tan continuadas emociones, se habían negado á obedecerla; así es que cayó de nuevo en su lecho, con los ojos cerrados y descolorida cual si estuviese ya difunta. Este fué el estado en que la encontró el ministro del Supremo.

La joven oyó el sonido de la campanilla, el ruido de los pasos del sacerdote al acercarse á su lecho y el rumor que produjo el gentío al invadir la casa de Adán; pero nada fué parte á arrancarla de su letargo. De improviso una mano asió la suya, y al solo contacto de ella, Gelsomina abrió los ojos. A un lado de su cama estaba Marco Brandi, al otro el padre Gaetano, y al rededor del lecho, arrodillados, Adán, Babilana, el juez, el verdugo y cuantos pudieron penetrar en la pobre morada, á los cuales la enferma dirigió una mirada vaga, para posarla de nuevo en su esposo, á quien preguntó:

—¿Estamos ya muertos y en el cielo?

—No, sino vivos y bendecidos en la tierra, respondió Marco Brandi.

—Ahora, dijo el sacerdote, reciban ustedes como buenos cristianos al Dios que les ha salvado.

Y colocando la hostia en los descarnados labios de la doncella, se retiró acompañado de Adán, de Babilana y de los demás, que le siguieron religiosamente hasta la puerta de la iglesia. Sólo Marco Brandi se quedó al lado de Gelsomina para no separarse más de ella.

EPILOGO

Me encontraba yo en Nápoles, en 1835, en los días en que no se hablaba sino de los milagros de santa Filomena.

No existe lector que no haya oído hablar de dicha santa; cierto que es una elegida de creación moderna; pero aunque data de 1827 ó 1828 apenas, ha metido desde entonces tanto ruido, que goza de mucha más reputación que muchos de los mártires enviados al cielo desde el tiempo de Tiberio ó de Calígula. La fama de la santa ha traspasado las fronteras de Italia; y digo esto, porque después de haber hasta cierto punto presenciado yo su estreno en Nápoles, la he encontrado después rodeada de gran veneración en Bélgica, en Alemania y aun en Francia, donde sin embargo veneramos pocas cosas.

Con todo, como santa Filomena se nos metió en casa cuando estaba ya en su apogeo, nos deslumbró por tal modo su esplendor, que nos prosternamos de faz contra el suelo y la hemos adorado sin preguntarle de dónde venía y cómo había venido. Sin embargo, de su milagrosa existencia nos faltaba conocer lo más interesante, la parte oscura y oculta. Por lo que á mí atañe, como una anécdota desconocida referente á la

juventud de César, de Carlomagno ó de Napoleón, despierta más mi curiosidad que el relato de la batalla de Farsalia, de Roncesvalles ó de Austerlitz, de las que me sé de coro todos los incidentes, no me contenté con lo presente, sino que volviendo los ojos hacia lo pasado, quise remontar la corriente de ese río de bienaventuranza al cual veía deslizar majestuosamente hacia la veneración europea á que ha llegado. Púsemé entonces y con mi impaciencia acostumbrada en camino, y de milagro en milagro llegué por fin á su manantial. Voy pues á hablar á mis lectores de los primeros hechos memorables de santa Filomena, transmitiéndoselos, en lo posible, en toda su sencillez, sin sacar de ellos deducción filosófica ni moral alguna y adoptando por esta vez el epígrafe de Barante: *Scribitur ad narrandum non ad probandum.*

Si sabe el lector cómo se hacen los nuevos santos. Hoy, que no es ya de temer el martirio, ni menos son de esperar las grandes virtudes, y van haciéndose cada vez más raras las canonizaciones, las reliquias antiguas habían alcanzado precios tan subidos, que no era posible proporcionárselas á menos de contar, como París, con una renta de treinta ó cuarenta millones. Esto, como decían algunos escépticos, siempre dispuestos á hacer burla de todo, era una humillación grandísima para las ciudades que, menos favorecidas de la religión ó de la suerte, no tenían reliquia indígena alguna y estaban demasiado pobres para hacerse con un santo exótico. De ello resultó que una capital de provincia, Arras pongamos por caso, nunca había logrado poseer más de tres cabellos de la Virgen, en tanto que una mísera aldea, como San Mauricio, era propietaria de diez mil esqueletos de la legión tebana. Tal parcialidad en el reparto de las gracias divinas era capaz de excitar, tarde ó temprano, respecto á la distribución de los bienes del cielo, una revolución semejante á la que acarreó la repartición de los bienes de la tierra.

Por fortuna el papa León XII evitó tal desventura proclamando que toda ciudad, villa ó aldea que no tuviese santo ó santa y desease procurarse uno, podía acudir por él ó ella á las catacumbas, donde los hallaría de toda condición, edad y sexo. La idea era tan excelente, que parecía imposible que á ninguno de sus predecesores se le hubiese ocurrido; y decimos esto, porque las catacumbas no eran sino los sepulcros de los primitivos cristianos; y los fieles podían, aun tomándolos á bulto, estar seguros de que no se llevarían santos apócrifos ó reliquias de contrabando.

Tan sabia providencia dió ópimos frutos; desde entonces no hubo aldea, por insignificante que fuese, que no se procurase, si no el cuerpo entero, á lo menos un omoplato ó una tibia de algún mártir. De ahí resultó una recrudescencia en la fe del todo satisfactoria para los sucesores de León XII, que desde entonces no tuvieron sino darse mil enhorabuenas por tan feliz inspiración.

Todos sabemos las supersticiones y los errores de que el pueblo italiano, sobre todo, ha llenado una religión tan sencilla y grande en su origen; y nuestro relato prueba una vez más que la ignorancia y el fanatismo pueden, por medio de usos ridículos, malear lo más respetable. Conste pues que en las presentes líneas hacemos mención no de las verdaderas creencias, sino de las creencias contrarias á la doctrina de Jesucristo.

Ahora bien, hacia fines de 1826, los habitantes de una aldehuela situada á contadas leguas de Nápoles, apellidada Mugnano, tuvieron la desgracia de que se muriera su párroco, uno de esos buenos y dignos sacerdotes nada ambiciosos de ostentación y de riquezas, que se contentan con edificar á sus ovejas con el ejemplo de sus propias virtudes. De ahí que el anciano párroco de Mugnano no hubiese pensado en aprovecharse de los beneficios del decreto de León XII, por más que al tomar posesión de su curato no hubiese

hallado la más insignificante reliquia en su iglesia, y hubiera dejado que sus feligreses, que á falta de otro santo se habían puesto bajo el patronato de San Antonio, marchasen tranquilamente por la vía misma de salvación que siguieran sus padres; pero una vez muerto el benemérito varón, fué reemplazado en su delicado puesto por el vicario de Santa Clara, el cual se había enemistado con su superior, por asunto de ochavos, á propósito de Nuestra Señora del Arco, y quien, por ende, llevaba ojeriza á esta última.

Así pues, no bien hubo tomado posesión de su feligresía, al nuevo párroco se le acudió erigir altar contra altar y devolver á la Virgen del Arco, la más milagrosa de las siete vírgenes napolitanas, las tribulaciones que ésta le acarrearía. En su consecuencia, abrió los ojos á sus feligreses respecto de la carencia de reliquias en que se encontraban, y cuando todos sintieron la necesidad de la presencia real de ellas, propuso salir para Roma, prometiendo traer consigo lo mejor que hallase, fuese santo ó santa; sin embargo, como la mayoría prefería una santa, y sobre todo una santa joven y hermosa, de tal suerte la religión todo amor de aquel pueblo sensual necesita casarse con las pasiones humanas, el cura se comprometió á hacer cuanto estuviese en su mano para traer consigo una protectora. Quizá también los vecinos de Mugnano se habían decidido por una santa, temerosos de que san Antonio, de quien, por otra parte, hasta entonces más que de queja tenían motivo de alabanzas, no se ofendiese de que le diesen un sucesor, causa de rivalidad que desaparecía eligiendo una mujer, á la cual las leyes de la cortesía le ordenaban ceder el puesto. Tomadas estas disposiciones, el embajador se trasladó á Roma, bajó á las catacumbas, metió en una maleta los primeros huesos que halló á mano, hizo que el papa los bendijese y les impusiese el melodioso nombre de Filomena, y los llevó á sus feligreses, que no cabían en sí de gozo de po-

seer por fin y por primera vez una santa conforme á sus gustos y á sus inclinaciones. Con todo, esto no fué óbice para que los habitantes de Mugnano conservasen una devoción irreprochable hacia su antiguo protector; sólo las almas ardorosas y noveleras abandonaron al patriarca de los cenobitas por su nueva y poética patrona. Pero san Antonio, que había vivido ciento cinco años entre humanas criaturas y sabía cuán ingrato y variable es el corazón de éstas, no dió señal alguna de mal humor por semejante defección, sino que dejó á la nueva comensal de la iglesia de Mugnano instalarse en un altar paralelo al suyo.

No obstante, fuese por falta de oportunidad, ya por timidez, contra todas las esperanzas la santa permaneció casi un año sin dar señales de existencia. Todo seguía como en tiempo de san Antonio, esto es ni bien ni mal; la única diferencia consistía en que el párroco rezaba dos misas en vez de una; pero por lo que respecta á los feligreses, nada absolutamente había cambiado.

En esto, el hijo único de un ganadero de Nocera cayó enfermo de una especie de parálisis. El ganadero, que adoraba en su hijo, empezó por llamar á los más afamados médicos de Nápoles; pero todos los esfuerzos de la ciencia se estrellaron contra la tenacidad de la dolencia. Tras los médicos fueron consultados los curanderos; mas á su vez los polvos y las pildoras no produjeron resultado alguno. Por fin el desventurado padre desvió de la tierra los ojos para elevarlos al cielo, y desesperado ya de una curación pidió un milagro. Sin embargo, sea que las siete vírgenes á las cuales se dirigió una en pos de otra le tuviesen ojeriza por no haber acudido directamente á ellas de buenas á primeras, ó bien que su intercesión hubiese perdido su virtud con el uso inmoderado que hasta entonces hicieran de su nombradía, lo cierto es que la enfermedad siguió en el mismo estado y las vírgenes se mostraron tan ineficaces como los curan-

deros y los médicos. El pobre ganadero no sabía pues á qué santo encomendarse, cuando un día, al regresar con la muerte en el corazón desde Nápoles á Nocera, se encontró con uno de sus compadres vecino de Sarno.

—¿Conque el enfermo no mejora? dijo éste juzgando del estado del hijo por la traza abatida del padre.

—Compadre, respondió el ganadero enjugándose una lágrima con el revés de la mano, no me hables de ello, ó voy á perder el juicio.

—Y eso?

—Ya no sé á quién dirigirme, si no es á san Javier, y aun...

—¡Psi! replicó el compadre, ¡san Javier! ya no pincha ni corta; á lo más si le queda influjo para obrar su propio milagro; y esto se debe á que, ocupado en él mismo durante todo el año, no le queda tiempo para ocuparse en los demás.

—¿Qué hacer, pues? replicó el ganadero dando un suspiro.

—Escucha, dijo el compadre, voy á darte un consejo.

—A ver.

—¿Sabes lo que haría yo en tu lugar?

—Pues te lo pregunto, señal que no.

—Pues me dirigiría sencillamente á santa Filomena; es una nueva santa que todavía tiene que labrarse un renombre. Solicita su intercesión, compadre; por otra parte, la situación de tu hijo es desesperada, ¿no es así?

El ganadero respondió con un ¡ay! arrancado de las entrañas.

—Entonces, prosiguió el compadre, si santa Filomena no le mejora, tampoco podrá empeorarle. Acudé á santa Filomena; vé, vé.

—Por mi alma que creo tienes razón, dijo el ganadero; voy á seguir tu consejo. Adiós, compadre.

—Adiós.

En esto los dos amigos, que habían llegado á la encrucijada del camino de Sarno á Nocera, se separaron para encaminarse cada cual á su casa.

Al día siguiente, el ganadero determinó poner en ejecución su plan, á cuyo efecto al quebrar el alba partió para Mugnano, donde asistió con gran devoción á la misa; luego, concluida ésta y vacía la iglesia, fué á arrodillarse ante el altar de la santa, á la cual, para hacérsela propicia, hizo un voto que demostraba cuánto quería á su hijo.

El voto que hizo el ganadero fué dar á santa Filomena todas las vacas que seguirían al toro el día que el pobre paralítico se encaminase por sus propios pies á abrir la puerta del establo.

Desde la visita del ganadero al altar de santa Filomena, notóse una mejora sensible en el estado del joven; el cual seis semanas después se levantó del lecho de dolor en que estaba sepultado hacia un año, y atravesando el patio sin ayuda alguna, á presencia de su familia y de los vecinos de la aldea, que se habían reunido para asistir al acto, cumplió al pie de la letra la primera parte de los deseos de su padre.

De treinta vacas, diez y nueve siguieron al toro.

El ganadero, á la vez que satisfecho en grado sumo de ver á su hijo gozando de tan buena salud, estaba profundamente triste por lo cara que ésta le costaba. Verdad es que santa Filomena había hecho bien las cosas; pero era no menos cierto que se hacía pagar con creces.

Digo pues que el buen hombre pensó en su compadre; el cual, como la vez primera, no podía menos que sacarle del atolladero. Así pues, se caló su sombrero, empuñó su bastón y tomó el camino de Sarno, adonde había llegado ya la nueva del milagro.

—¿Que hay? preguntó el compadre al ganadero, admirado de la tristeza de éste, ¿acaso no es verdad lo que me han dicho?

—Sí es verdad, respondió el padre.

—Luego debes estar satisfecho.

—Mucho; pero héme arruinado en dos tercios de mi fortuna.

—¿Y eso?

—Muy sencillo, compadre; hice el voto de que el día que mi hijo se encaminase por sus propios pies á abrir la puerta del establo, daría á santa Filomena todas las vacas que seguirían al toro.

—¿Y qué?

—Que mi hijo abrió ayer el establo y de las treinta vacas que en él había encerradas salieron diez y nueve.

—¡Diablo! exclamó el compadre; si que tiene be-moles el caso; ¿pero tú no querrás faltar á tu voto?

—¡Dios me libre!

—Entonces no te queda sino un recurso.

—¿Cuál?

—Que al par que conduzcas las vacas á casa del párroco de Mugnano, que probablemente es el administrador de la santa, te lleves contigo la mitad de su valor en dinero contante y sonante. Es casi seguro que el santo varón, que no sospecha el provecho que va á metérsele en casa, no está preparado para vender inmediatamente las diez y nueve vacas, á no ser que las conduzca al mercado de Nápoles, lo que no es probable. Así pues un rebaño semejante no es para él sino un estorbo. Ofrecele la mitad del valor de las diez y nueve vacas, en dinero, y si acepta, lo que es casi seguro, no perderás sino nueve vacas y media y por consiguiente no quedarás arruinado más que en un tercio.

—¡Caramba! exclamó el ganadero profundamente admirado, no conozco más buen consejero que tú. Mañana me voy á ver al cura de Mugnano, junto con el rebaño y el dinero.

—¡Jum! dijo el compadre, yo de ti no iría sino con lo uno ó con lo otro.

—Bueno; pero si se niega á recibir lo que conmigo

me lleve, me veré obligado á volverme á casa y esto me ocasionará la pérdida de un día.

—Como quieras, repuso el consejero; sin embargo...

—Adiós, compadre, adiós.

—Traes mucha prisa.

—No me canso de ver andar á mi pobre hijo. ¡Qué buena es santa Filomena! ¡vaya una santa milagrosa! Ea, adiós, adiós.

—Hasta la vista, compadre.

El ganadero tomó la vuelta de su casa, admirado del consejo de su amigo y no dudando del buen éxito del mismo.

Al día siguiente, pues, el padre del restablecido muchacho se puso en camino precedido de las susodichas diez y nueve vacas y llevando en el bolsillo la mitad de lo que valían, es decir quinientos escudos romanos, y sin novedad y bajo los mejores auspicios del mundo llegó á Mugnano; una vez en la cual, hizo entrar aquéllas en el patio de la rectoría y se subió á ver al cura.

Este quedó asombrado de lo que ocurría; como ya hemos dicho, el sacerdote ignoraba el voto que aquél había hecho á la santa y por lo tanto no sabía cómo explicarse la invasión de su domicilio por aquellas bestias cornudas que mugían á competencia en el patio; pero á no tardar las palabras del honrado ganadero le pusieron al corriente.

Como en el fondo el negocio era sumamente agradable para él y por demás honroso para su patrona, el cura recibió al votador con afabilidad que infundió á éste grandes esperanzas de llevar á buen término la negociación que deseaba entablar.

En efecto, el párroco estuvo bastante acomodadizo respecto de las vacas; comprendió perfectamente que á santa Filomena le convenía más que la pagasen en dinero que no en especie, y después de haber discutido durante algún tiempo el precio, acabó por acep-

tar los quinientos escudos romanos que le llevaba el ganadero.

El cual bajó entonces al patio, gozoso de haber salido tan bien librado y sin que la santa pudiese hacerle cargo alguno; luego, una vez en el patio, se dispuso á hacer salir de éste á las vacas; pero no le fué tan fácil como suponía: las bestias habían hallado un poco de hierba fresca que crecía á la sombra de las elevadas paredes, y para nada hicieron caso de las voces del ganadero para que abandonasen su pasto. El buen sujeto, al ver la resistencia pasiva de las vacas, se acercó á la que se encontraba más próxima á la puerta, y asiendo del rabo de ella quiso, á imitación de Caco, hacerla salir á reculones; pero si por las vías persuasivas no había logrado sus propósitos, todavía estuvo menos afortunado en el ensayo de los medios coercitivos: la vaca, para la cual semejante modo de andar era insólito, aferró las pezuñas al suelo, no moviéndose más que si hubiese sido de bronce, y empezó á mugir de un modo lamentable, en prueba del disgusto que experimentaba. Al ganadero, para quien tal obstinación era sobrenatural, le asaltó entonces una sospecha muy en su lugar, y es que santa Filomena no ratificaba el convenio estipulado en su nombre entre él y el cura, y que muy al revés de lo que aceptara su administrador, que prefería el dinero á las vacas, ella se inclinaba más á las vacas que al dinero; en fuerza de este razonamiento, el ganadero soltó prontamente el rabo del que poco hacía tiraba con la furia de un brahima, y subiendo de cuatro en cuatro los escalones, entró despavorido, pálido y cubierto de sudor en la habitación del buen cura, en el preciso instante en que éste acababa de colocar los quinientos escudos en el cajón de su pelería.

—¿Qué hay? preguntó el bueno del sacerdote volviendo el rostro al oír abrir la puerta y conociendo al ganadero.

—Que santa Filomena no aprueba el convenio que hemos hecho, respondió éste.

—¿Y en qué funda usted tal suposición?

—En que las vacas no quieren salir del patio.

—¿Y qué deduce usted de ello?

—Que la santa quiere las vacas y no el dinero.

—Vamos á verlo, dijo el cura.

—¿Cómo?

—Las vacas no quieren seguirle á usted, ¿no es eso?

—Ni á coces.

—¿Y está usted bien convencido de que es santa Filomena la que no las deja salir?

—Como yo soy hijo de madre.

—Pues ahí en este cajón está el dinero que usted me ha dado. Si, como usted cree, santa Filomena prefiere el dinero á las vacas, ya que impide que éstas salgan, también impedirá que este dinero entre. No es más dificultoso un milagro que el otro.

—Esto es, dijo el campesino; empuje usted el cajón y verá como no entra.

El cura hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y empujó el cajón, que entró como por arte de magia.

—¡Ah! exclamó admirado el ganadero.

—Ya lo ve usted, dijo el cura.

—Bien ¿y qué? ¿qué prueba esto?

—Esto prueba que uno y otro cometíamos un error crasísimo, respondió el cura metiéndose en el bolsillo la llave del cajón; yo he creído buenamente que santa Filomena quería el dinero y no las vacas, y ahora usted supone que más estima éstas que el dinero; pero los dos nos equivocamos: santa Filomena quiere uno y otras, esto es, el dinero y las vacas.

—Tiene usted razón, repuso el ganadero.

Y el pobre hombre tomó la vuelta de su casa, sin vacas y sin dinero.

Al día siguiente el párroco de Mugnano se negó á

ceder por cien mil ducados que le ofrecía un especulador, las reliquias de santa Filomena.

En Francia el procurador del rey le hubiera mandado presentarse ante la sala sexta.

Fácilmente comprenderá el lector que, con el desenfrenado afán de investigación que todos me conocen, no podía permanecer dos meses en Nápoles sin ofrecer mis devociones á la santa que con tal milagro se estrenara; por otra parte, mi profesión de autor dramático exige casi siempre que yo haya visitado las localidades á fin de guardar la propiedad escénica; previne, pues, á mi *cicerone* que contaba con él para mi excursión extramuros, y en hermosa mañana de octubre partimos para Mugnano.

No hacía aún bastante tiempo que santa Filomena estaba en boga para que la aldea se diese visiblemente cata de su protección material.

Es Mugnano una hermosa y pintoresca población, graciosa como todas las que en Italia están agrupadas al pie de una iglesia: nada me desvió pues de mi propósito, y me encaminé en derechura á santa Filomena, para la cual había hecho el viaje.

Al igual que santa Rosalía de Palermo, la virgen de Mugnano yace en el altar mismo que le está consagrado y le sirve de urna, viste traje azul y plata y ostenta corona de rosas blancas en las sienes; es una hermosa figura de cera modelada sobre el esqueleto mismo que el párroco de Mugnano trajo de Roma. Cuando la vi, no estaba todavía condecorada con el cordón de san Javier, que el rey de Nápoles le confirió en la preñez de su primera esposa: prueba evidente que conocía que el segundo milagro no cedía al primero.

Como la iglesia, aparte las ricas presentallas de que están cubiertos sus muros, no ofrecía nada de particular, dije á mi guía, que pues me cabía la satisfacción de haber visto ya la Santa, me condujese á la escena del milagro. Nos salimos pues por una

puertecita y nos encontramos en el patio de las vacas.

Al punto me acerqué á una pintura al fresco que representaba el milagro: el pintor había escogido el momento en que el ganadero, mientras tira del rabo de la vaca indócil, empieza á sospechar que la obstinación del animal esconde probablemente una causa sobrenatural; sentimiento que, por lo demás, estaba bastante bien interpretado, pues el rostro del buen campesino ofrecía una singular mezcla de temor y admiración.

Dicha pintura me maravilló; su ejecución, al par que carencia absoluta de estudio, revelaba sentimiento artístico y ponía de manifiesto al hombre ignorante de sus propias obras. En una palabra, era un trabajo muy superior á las pinturas que á cada paso puede uno contemplar en las calles italianas; así es que, volviéndome hacia mi guía, le dije:

—¿Sabe usted que no está del todo mal esta pintura al fresco?

—¡Cáspita! yo lo creo, me respondió aquél, es del maestro Adán el calabrés; ex profeso le hicieron venir de Nicotera para que la ejecutase.

—¿Quién es el maestro ese? pregunté.

—¿Usted no le conoce?

—Ésta es la vez primera que oigo pronunciar su nombre.

—Entonces, me dijo mi guía, ya que usted siempre me pide leyendas, voy á referirle una.

Y el guía me contó la historia que á mi vez he narrado, aunque sintiendo no haberme sido posible conservar en nuestra lengua la gracia y la sencillez que asumía en el patuá napolitano.

FIN

Traducción de LUIS CALVO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"BIBLIOTECA UNIVERSITARIA"
"ALFONSO KELLES"
CALLE 3625 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE

LA PALOMA

	PÁGINA
I.	5
II.	6
III.	7
IV.	11
V.	13
VI.	18
VII.	20
VIII.	24
IX.	25
X.	26
XI.	28
XII.	29
XIII.	30
XIV.	31
XV.	31
XVI.	32
XVII.	56
XXIII.	70
XIX.	72
XX.	74
XXI.	74
XXII.	75
XXIII.	84
XXIV.	85
XXV.	100
XXVI.	102
XXVII.	103

ADAN, EL PINTOR CALABRÉS

	Páginas
I.—La Madona parlante	131
II.—El correo	132
III.—Fra Bracalone	133
IV.—Marco Brandi	143
V.—El Comendador	151
VI.—El bandido por derecho divino	161
VII.—Los tres sueldos del compadre Mateo	169
VIII.—El gorro griego	178
IX.—Las almas del purgatorio	185
X.—Un terremoto	193
XI.—Abnegación	202
XII.—El traje de boda	210
XIII.—El Viático	216
Epilogo	225

